

Diaghilev logró también atraer a su aventura a otros compositores y pintores casi desconocidos entonces: Igor Stravinsky compuso "El pájaro de Fuego" y "El rito de la primavera" para el Ballets Russe; Claude Debussy, "Jeux" y "La siesta de un fauno"; Maurice Ravel, "Daphnis y Cloe" y Eric Satie "Parade". La aportación del pintor Pablo Picasso estuvo constituida por los bocetos para "Parade" y para "El sombrero de tres picos" de Falla.

De los bailarines, la más conocida era la frágil Anna Pavlova, quien poseía un estilo lírico, casi etéreo. Su técnica no era fuerte. Pero su lirismo resultaba el exponente del nuevo romanticismo. Adquirió fama lejos de Diaghilev, con quien sólo trabajó por dos temporadas, y su rango la sitúa como uno de los raros fenómenos en la historia del ballet. Pavlova siguió un camino solitario, que la llevó a los confines del globo terráqueo y bailó para todos los públicos de la tierra, los entendidos y los ignorantes. Lamentablemente, esa soledad la desconectaba de efectos creadores colectivos, por lo que en el sentido coreográfico parece haber tenido un trágico lapso en su vida, pero sus interpretaciones tenían el toque mágico de una gran artista, sensitiva y espiritual. Ya fuera como una fugaz



Nijinsky

jer y conformarse con ser sólo su soporte.

Nijinsky volvió a colocar al hombre en lugar prominente, sin restarle importancia a la *ballerina* y, por primera vez, ambos sexos compartieron por igual los honores en el escenario.

Después de tres temporadas con Diaghilev y su Ballets Russe, Nijinsky se convirtió en una leyenda, que aún subsiste en nuestros días.

La personalidad de Nijinsky era magnética, casi salvaje. En la vida privada era introvertido e insignificante. Su vida estaba planeada por Diaghilev, que lo manipulaba y aislaba de las preocupaciones cotidianas para que pudiera concentrarse en una sola cosa: bailar. Dicen los que lo vieron actuar, que su salto era extraordinario y que a veces se elevaba tanto que parecía, y valga la hipérbole, "una mariposa pintada en el techo". En una habitación con otras personas, pasaba totalmente inadvertido, pero en el escenario se transformaba hasta convertirse, cabalmente, en el personaje que estaba interpretando. Igual era el sensual esclavo de oro del ballet "Scheherazada" que el enigmático y semi-salvaje "Fauno".

A instancias de Diaghilev, Nijinsky hizo coreografía, lo cual

Historia de la Danza y el Ballet

2

Diaghilev y el Ballets Russe, Anna Pavlova y Vaslav Nijinsky

Vaslav Nijinsky restituyó la fama al bailarín, que estaba opacada desde la época de Vestris, un siglo antes. El ballet romántico había eclipsado a los hombres por un largo periodo de tiempo, en favor de las bailarinas, y a pesar de haber habido muy buenos danzarines durante esa época, éstos tuvieron que aceptar la supremacía dada a la mu-

libélula o como una coqueta Colombina, el que la viera bailar quedaba atrapado en el hechizo que emanaba de su actuación.

Su obra cumbre fue "La muerte del cisne", compuesta para ella en 1907 por Fokine, sobre la música de Saint-Saëns. Murió casi de repente en Holanda, en Enero de 1931, a los 51 años de edad, a consecuencia de una pulmonía doble, complicada con pleuresía. A la noche siguiente de su muerte debía presentarse ante el público de Bruselas. En tributo a su memoria, la función se llevó a cabo y los asistentes al teatro, puestos de pie y encabezados por los Reyes de Bélgica, vieron cómo un reflector solitario seguía unas evoluciones imaginarias, en el escenario vacío, a los acordes de la música de Saint-Saëns, a quien Anna Pavlova, con su cisne, ayudó a inmortalizar.

causó el alejamiento de Fokine del Ballets Russe. Dos de sus obras, "La siesta de un fauno" y "El rito de la primavera", dieron lugar a un escándalo entre los asistentes al teatro, el día que fueron estrenadas. Sólo una, "Fauno", ha sobrevivido. Las otras se perdieron irremisiblemente por su poca importancia artística.

Por una sola vez que Nijinsky no tuvo a Diaghilev a su lado para protegerlo, durante un viaje a Sudamérica en 1913, sucumbió a las maquinaciones de la oportunista Rómola de Pulsy y se casó con ella repentinamente, en Buenos Aires. Su boda dió al traste con su relación con Diaghilev, quien lo despidió de la compañía y, lo que es peor, motivó que Nijinsky perdiera la razón para siempre. Terminó así trágicamente su carrera que como un meteoro, fue brillante pero fugaz. El



Pavlova en "La muerte del cisne"

resto de su vida lo pasó de sanatorio en sanatorio, muriendo en Londres en 1952.

Tamara Karsavina era la mejor conocida de las estrellas rusas que tomaron a París por asalto en 1909. Sin embargo, cuando Diaghilev comprendió que no podía depender solamente de Anna Pavlova, su elección natural fue la dúctil y bellísima Karsavina, quien con su alto sentido de la estética y su vasta cultura, fue responsable en gran parte del éxito de las temporadas del Ballets Russe. Muchas de las obras maestras del coreógrafo Fokine fueron creadas para ella. Su segundo matrimonio propició su retiro demasiado temprano. Ya entrada en años, dio clases de ballet en Londres, a donde acudían las luminarias de la actualidad, a ponerse en contacto con la leyenda. Murió en esa ciudad recientemente, después de haber cumplido 93 años de edad.

El Ballets Russe de Diaghilev, como generalmente se le conocía, duró hasta 1929, año en que su promotor y director murió en Venecia. Entre sus últimos descubrimientos hubo coreógrafos y bailarines tan importantes como Leonide Massine, iniciador del ballet sinfónico; Georges Balanchine; Serge Lifar; Anton Dolin; Alexandra Danilova, Alicia Markova y Olga Spessivtzeva.

Con la muerte de Diaghilev, el Ballets Russe desapareció pero la semilla fue recogida por el cosaco

ruso, Coronel W. de Basil, y el francés René Blum, quienes en 1931 agruparon a muchos de los bailarines desbandados desde la muerte de Diaghilev, además de incorporar nuevo talento a las filas de la recién formada compañía, que se llamó Ballet Russe de Montecarlo en principio, y luego se subdividió en el Original Ballet Russe. El Ballet Russe de Montecarlo existió hasta 1963, mientras que el Original terminó sus actuaciones en 1948.

En Londres, Ninette de Valois, quien fuera miembro del Ballets Russe de Diaghilev y alumna de Cecchetti, es mayormente la res-

ponsable del auge del ballet en Inglaterra y la creación de la escuela inglesa, al impulsar la fundación del ballet de Sadler's Wells, que luego se convirtió en el Real Ballet de Inglaterra, con sede permanente en el Covent Garden de Londres. Durante los años de la segunda guerra mundial y, posteriormente, Londres fue la capital del mundo de la danza, como antes lo había sido París. En esa época y durante muchos años, el coreógrafo Frederik Ashton, que ya está jubilado, creó un repertorio extraordinario para dicha compañía, de obras que igual eran ballets clásicos tradicionales,



"La consagración de la Primavera"

GALINA ULANOVA, un poema lírico plasmado en un paso de ballet MAYA PLISSETSKAYA, pasión, sensualidad y fortaleza

que modernos. En ellos Margot Fonteyn, por muchos años, ya que su carrera fue larga y memorable, impuso su delicado estilo, danzando con musicalidad innata y siendo aclamada como el máximo exponente de la escuela inglesa de ballet. Margot Fonteyn está considerada como una de las grandes bailarinas de esta generación. Hoy en día el coreógrafo más importante del Real Ballet Inglés es Kenneth McMillan y entre los bailarines sobresale Anthony Dowell, por su elegancia y noble porte.

En la Opera de París, Serge Lifar, como director durante años, promovió una nueva generación de bailarines franceses.

En Dinamarca, continúa viva la tradición de Bournónville y, más que artistas individuales, se veneran los ballets de la escuela danesa. El Real Ballets Danés, que es el exponente máximo de esa escuela, tiene una frescura y exuberancia poco común.

Después de la revolución bolchevique en Rusia y el éxodo en masa de casi todas las primeras figuras de los teatros imperiales, el ballet soviético fue reorganizado y, a fines de la década de los años 30, nuevos bailarines comenzaron a surgir. Muy poco se supo de ellos al principio, hasta que algunas cintas fílmicas llegaron a occidente. En ellas se descubrió un estilo casi acrobático y totalmente viril en los bailarines, y que manejaban a sus compañeras como si fueran leves hojas. En los argumentos de los ballets se notaba una marcada preferencia por los temas patrióticos, que propagaban ideas proletarias. En años posteriores, cuando el Ballet del Teatro Bolshoi de Moscú comenzó a hacer giras por el exterior, se pudo observar, de primera mano, el magnífico método pedagógico desarrollado por la profesora Agrippina Vaganova, a la cual se debían, sin duda alguna, las formidables técnicas de la nueva generación de bailarines rusos. En la primera visita que hizo el Bolshoi a Europa y EE.UU. dos *ballerinas* se imprimieron en la mente de los amantes del ballet: Galina Ulanova y Maya Plisetskaya.

La Ulanova, que ya está retirada, era un poema lírico plasmado

en un paso de ballet. Su línea flotante creaba imágenes casi celestiales ante los espectadores, mientras que la Plisetskaya, que aún actúa a pesar de sus 55 años, era la encarnación de la pasión, sensualidad y fortaleza, como si fuera una llama viviente.

De esta nueva generación de bailarines, Vladimier Vasiliev y Ekaterina Maximova brillan con luz propia por su arte depurado.

El ballet Kirov, que fue más tardío que el Bolshoi en visitar al mundo occidental, alardeaba de otras cualidades: pureza de estilo, línea impecable y total respeto por la tradición danzaria académica. Entre los artistas que causaron una impresión imborrable en su primera visita, se destacaba la entonces novicia Natalia Makarova.

Pero si el entrenamiento de la escuela rusa es admirable, ya sea el estilo puro del Kirov o el más amplio del Bolshoi, en donde ese sistema parece deja mucho que desear es en la inventiva coreográfica. Los muchos bailarines disidentes que se han ido de Rusia en busca de nuevos horizontes artísticos, han coincidido en denunciar la falta de talento creativo en las dos compañías de ballet. El éxodo del Ballet Kirov comenzó en 1961, con la deserción de Rudolf Nureyev en París; luego siguió Natalia Makarova, que pidió asilo político en Londres en 1970, y cuatro años más tarde, Mikhail Baryshnikov dio el salto a la libertad en Toronto, Canadá. El último de las estrellas huidas—por mencionar solamente a los más famosos— fue Alexander Godunov, quien abandonó al Ballet Bolshoi en la ciudad de New York, en 1979, causando un escándalo político internacional, digno de una cinta de espionaje, pero este último, aún no parece haber encontrado su centro en Norteamérica.

CELIDA PARERA



Pavlova en 'The Butterfly'

